

LA CULTURA POPULAR EN EL ÚLTIMO DECENIO (1978-1988)

PEDRO GÓMEZ GARCÍA

Todo el mundo sabe qué es la cultura popular mientras no se le pida una definición. Delimitar su significado resulta problemático. Se la asimila a veces a la cultura tradicional, a cultura rural, a cultura obrera, a cultura regional, en oposición a la que se denomina moderna, urbana, burguesa, dominante y oficial. Surge el mismo escollo que al dilucidar qué es la religión popular. En ambos casos la cuestión tiene que ver con el concepto de pueblo —que también necesitaría clarificación—.

En un sentido inmediato, empírico, cultura y religión popular son las que de hecho se apropia, practica y vive la gente por su pertenencia a una colectividad social, cuya escala puede ser local, comarcal, regional, nacional, etc. Pero sería exceso de empirismo decir que todo lo que hace el pueblo es popular. Cabe formular un concepto teórico que ayude a discernir dónde está lo que puede llamarse con menos ambigüedad *popular*: Reside en aquellas prácticas de todo orden, con los modos de emoción y representación inherentes, vigentes como patrimonio común de una sociedad que los tiene como suyos; aunque no basta el dato necesario de la identificación subjetiva con unas estructuras y unas prácticas socioculturales, sino que lo popular se debe medir por el grado de autonomía en el diseño y la realización, y por el grado de consonancia objetiva con los intereses de los de abajo, la base del pueblo. Equivale entonces a lo vernáculo (como la lengua que todos hablan y entienden), a lo convivencial (para uso inmediato de los protagonistas), a lo que es competencia de todos no expropiada por ningún poder extraño.

Quede claro que, en las sociedades complejas, lo popular no se da nunca en estado puro. En su propia génesis incide un flujo recursivo de intercambio entre cultura popular y cultura oficial, entre tradición y modernidad, entre lo urbano y lo rural, entre lo étnico y lo estatal, entre burguesía y clases trabajadoras, entre cultura dominante y subculturas regionales. Pero, con todo, lo popular siempre es analizable.

El contexto sociocultural

Las condiciones sociales de la última década han supuesto el estancamiento —y en bastantes casos un cierto reflujó— del flujo migratorio desde los pueblos a la capital de provincia o a cualquier ciudad industrial. La reconversión económica, con inflación y crecimiento moderados, ha sostenido el nivel de vida junto a altos índices de desempleo. Pero ha reaparecido la mendicidad a la puerta de las iglesias o en esquinas estratégicas, adoptando con frecuencia alguna forma de reciprocidad. Aparte del tradicional ofrecer un clavel o decir la buenaventura a cambio de «la voluntad», se trata de agradar mediante piezas musicales o pinturas polícromas sobre el suelo, o bien facilitando algún pequeño

servicio como pañuelos de papel o limpieza del parabrisas.

La transición política ha alcanzado su estabilidad con el gobierno del partido socialista. Este ha instaurado su propio marco de tolerancia ideológica y moral, en el que lo popular se encuentra más a sus anchas que en épocas precedentes.

En el contexto de estos años resulta evidente que ha cambiado el clima de la cultura popular; la calle está más despejada de represión; los ciudadanos y las instituciones gastan más en divertirse y en festejar, cualquiera que sea el significado que se le dé a esto. La misma *habla andaluza* con su peculiar prosodia, debida a un sistema fonológico diferente, va dejando de ser motivo de infravaloración; aunque los medios de difusión por lo general sigan emulando un sibilante hablar castellano que no es el que oye por la calle.

La cultura popular, que no hay que confundir con folclore, presenta múltiples facetas. Subyace transversalmente a un maremágnum de actividades consuetudinarias de todo orden, que van tejiendo los más dispares hilos del entramado social. Por entre el atasco creciente de coches en calles y plazas, se delata en el ambientecillo de bares y tertulias, pasando por hábitos alimenticios y eróticos, relaciones familiares, pandillas, peñas deportivas o de cazadores, grupos teatrales o musicales, asociaciones de vecinos, veladas a la intemperie, corrillos callejeros de las noches de verano... Cada día reinventa artificios suplementarios en los submundos del desempleo y la picaresca.

El desarrollo de la cultura no se corresponde tal cual con el crecimiento económico. La economía, cada vez más dependiente de la tecnociencia, procede por la vía de la máxima abstracción respecto al saber del hombre ordinario y respecto a sus necesidades espontáneas. Mientras que el saber tradicional, el sentido comunitario y la sensibilidad personal se ven arrinconados en terrenos lejanos de las fuerzas coercitivas que mueven la sociedad, y emplazados ante un dilema: O guiarse por la moral del mercado, lo que desembocará fatalmente en el desarraigo y el nihilismo moral de un consumo insolidario; o bien refugiarse en un sistema de valores y creencias que ya poco o nada tiene que ver con el curso real de los acontecimientos.

Esta última posibilidad es el riesgo que acecha a la cultura popular, cuyo exponente más visible lo podemos encontrar en las fiestas.

Las fiestas, exponente de la cultura popular

En efecto, entre las manifestaciones más reveladoras de la cultura de un pueblo están sin duda sus ritos festivos. Permiten acercarse a su realidad y tomarle el pulso.

La festividad, por lo demás, aparece estrechamente vinculada a la religión popular; aquí, al catolicismo popular: devociones variopintas, cultos patronales, cruces de mayo, semana santa, romerías... A la vez que se ambienta con el toque estético y el espíritu de lo andaluz. La fiesta pertenece al sistema de las categorías colectivas. De ahí que el renacimiento de la conciencia andaluza haya conducido estos años a una esperanzadora labor de recuperación de fiestas cívicas y religiosas. Demos un ojeada a algunos rasgos significativos de la última década.

Un primer capítulo de festejos es el de fiestecillas de tono menor que salpican el calendario. Las hay de ciclo largo, generalmente anual (ciertas romerías no organizadas

institucionalmente, *merendicas* —que prolongan el antiguo jueves lardero—, cruces de mayo en poblaciones pequeñas o medianas); y de ciclo corto: mensual (primeros viernes o miércoles, tal día de cada mes), o incluso semanal. Aquí resalta la espontaneidad, una mayor autenticidad de lo vivido y la autogestión por parte de los protagonistas. Esas romerías campestres, verbenas de barrio o calle, son las que presentan un carácter más autónomo, más cercano a la definición de lo popular. Si bien han de pagarlo a veces con el abandono a su suerte por parte de las autoridades. Pese a que parecían destinadas a una inminente extinción, muchas de estas fiestecillas se han visto revitalizadas.

Los *carnavales* entrarían dentro de ese apartado del festejo autoorganizado. Pero han contado con más respaldo oficial. Han pasado de la prohibición al resurgimiento bajo la tutela de los nuevos ayuntamientos, recobrando el arraigo popular de otros tiempos, que en bastantes sitios no había desaparecido del todo. Hay casos, como el de las comparsas de Cádiz, en que despliegan un colorido y un ingenio asombrosos. En ellos se exploya la picardía popular, generalmente dentro de un orden.

Las *fiestas patronales*, por su lado, son las que vienen siendo apoyadas más decididamente por las corporaciones municipales democráticas. Representan en cada localidad tal vez el principal mecanismo de integración simbólica de todos los sectores sociales. Las autoridades intervienen en la organización de la celebración, como tratando de controlar el poder simbólico o asociarse a él de alguna manera —por ejemplo, en los desfiles procesionales y otros actos—. Aunque haya conflicto entre la estructura sociopolítica y la estructura ritual, a su modo ésta deja traslucir a aquélla.

Los festejos locales conocen estos años un gran esplendor, donde se reafirman conjuntamente lo local y lo andaluz. Nuevos recintos feriales, casetas, colores blanco y verde, cante y baile por sevillanas constituyen algunos de los rasgos comunes más extendidos. Lo andaluz está en alza. Por ejemplo, no falta en ninguna fiesta el *traje de volantes* (de gitana, falda rociera, etc.), difundido por ciudades y pueblos de todas las provincias, hasta lugares donde hace unos años hubiera parecido una rareza. Ahora proliferan las tiendas de trajes típicos. Se nota una evolución del gusto musical, con un apego tal por las *sevillanas* que hoy predominan sobre el *pop* anglófono no sólo en las casetas feriales sino en tascas y discotecas. Es notoria su penetración en el oriente de Andalucía.

Otro motivo que tiende a difundirse, por determinadas zonas, son los episodios de *moros y cristianos*. Han alcanzado tanta prestancia que comienzan a ser incorporadas al repertorio festivo de otras poblaciones, sin duda por la riqueza semántica que entrañan con vistas a la expresión de una de las características más profundas de la identidad andaluza, marcada por la oposición a una cultura que, simultáneamente, se lleva dentro al menos como horizonte respecto al cual se autodefine.

Hay que llamar la atención sobre el hecho singular de que para muchos emigrantes andaluces en Cataluña, Francia o Alemania sus verdaderas fiestas han seguido siendo las de sus respectivos pueblos de origen, adonde regresan con tal fin. (Este ha sido un motivo decisivo para el traslado al verano de muchísimas fiestas patronales.) No es raro que lleguen a desempeñar papeles importantes en la celebración. Estos años se han producido reajustes en la jerarquía y la composición de las entidades organizadoras de fiestas, respondiendo a la decadencia de antiguos prohombres y, como es el caso repetido en tantos pueblos, para dar cabida a la nueva categoría social de emigrantes retornados o

que han venido asiduamente a pasar su temporada vacacional coincidiendo con las fiestas. Esta costumbre denota que, para estas capas populares, el referente simbólico no está en Europa; reside en esas raíces tradicionales a las que se agarran, con tanto más fervor cuanto menos les ha satisfecho espiritualmente un entorno urbano e industrial que, pagándoles con dinero, les ha dejado sin alma.

La fiesta y la liturgia del *Corpus Christi* (salvo casos como el de Granada, donde cumple funciones típicamente patronales) conserva más que ninguna otra su aire tradicional, sin mutaciones apreciables, si exceptuamos pueblos de pocos habitantes, donde ya había decaído en los años sesenta. El símbolo supremo del cristianismo, sacramento de la presencia divina de Cristo, recorre las calles adornadas con juncia y colgaduras, bajo una florida lluvia de pétalos... Pero la integración simbólica vivida emocionalmente corona al mismo tiempo el imperio de las jerarquías sociales y la desigualdad, codificadas en el mismo cortejo procesional.

Por lo que toca a la *semana santa*, constituye sin duda el acontecimiento más sobresaliente de la religión popular andaluza. Se encuentra también en años de esplendor, sobre todo en las capitales y en pueblos grandes. Destaca la formación de nuevas hermandades y cofradías, así como el aumento de la filiación a asociaciones cofradieras (incluyendo una incipiente presencia femenina entre los penitentes). Este fenómeno ha sido promovido más desde abajo que por iniciativa del clero. Constituye un incremento en la participación que contrasta con lo que ocurre en asociaciones sindicales, políticas, artísticas, literarias o científicas. Y es que esta celebración, con los desfiles procesionales que la caracterizan, pone en juego las imágenes y símbolos más impresionantes desde el punto de vista estético y más cargados de significación para la memoria religiosa popular y para la propia identidad étnica.

Esa paraliturgia procesional que escenifica varios cuadros de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, atrae muchedumbres de todo signo. Poco importa que una encuesta (de 1987) diga que, en Andalucía, la semana santa sigue teniendo un sentido predominantemente religioso sólo para un 46% de la gente. Todos viven a su modo esta expresión viva de la cultura popular andaluza que moviliza, además, a millones de extraños y turistas.

Por último, hay que hacer hincapié en la fuerza fascinante del símbolo maternal en la mentalidad y la religión popular. Es la *tierra de María Santísima*, según se dice. La figura de la Virgen María, madre de Jesús y madre del pueblo, que está presente en primer plano en casi todas las cofradías de semana santa (Virgen de los Dolores, de la Soledad, de la Esperanza, etc.), es venerada como patrona o copatrona en casi todos los pueblos y ciudades, bajo un sinnúmero de advocaciones.

La antigua costumbre de la peregrinación a lugares sagrados persiste aquí en forma de romería a santuarios marianos. Son no pocas las advocaciones tremendamente populares: La Virgen de la Cabeza, de la Fuensanta, del Saliente, de Araceli, de las Angustias, del Rocío... Más de una de las principales romerías con irradiación supraprovincial aspira a convertirse en centro de culto para toda Andalucía. Pero tal vez sólo la del Rocío parece conseguirlo. En 1980 se cumplió el centenario de la fundación de la hermandad del Rocío, y desde entonces proliferan hermandades rocieras hasta por las provincias orientales. La «Blanca Paloma» atrae a Almonte (Huelva), el día de Pentecostés, a cientos de miles de peregrinos y ocasiona un gasto estimado en torno a los quince mil

millones de pesetas.

Este culto casi de latría a la Madre no ha variado, a pesar de los intentos posconciliares de renovación católica. Suscita tales fervores que, en los dos o tres últimos años, está resucitando el rosario de la aurora, en fechas señaladas y con masiva asistencia. Da la impresión de que para muchos la práctica religiosa queda anclada en este arquetipo materno, cuyas implicaciones socioculturales apenas vislumbramos.

En suma, el ciclo festivo anual marca el ritmo de la vida, de la relación entre trabajo y descanso; pero además constituye un lenguaje donde se expresa no sólo la red de relaciones sociales y sus escalas de prestigio, sino sobre todo las creencias y valores que dan sentido a la vida. Toda fiesta viva es obra del pensamiento popular, que se sirve de imágenes sensibles extraídas de su propia experiencia, acumuladas y remodeladas a lo largo de la historia. Este pensar ha elaborado así una lógica de las cualidades sensibles, que escoge y combina esas imágenes en diferentes registros sensoriales para transmitir mensajes profundos, sustentadores —y eventualmente impugnadores— del orden social.

En Andalucía no se observan síntomas de impugnación. Sí las ganas de vivir y festejar, pase lo que pase. Como resumen de las tendencias de la década, cabe recordar: El resurgir de los carnavales; el auge de la semana santa; el florecimiento de las fiestas y ferias patronales; la expansión de los signos típicos andaluces en las ocasiones festivas; la mayor atención de las instituciones a los fenómenos populares; el realce del sentido sociocultural y laico de la fiesta frente a la absolutización del sentido oficialmente religioso; y tal vez una nueva sensibilidad de las generaciones jóvenes para hacer más cotidiano el aire festivo.

La cultura popular y las instituciones

La cultura popular está supeditada a los altibajos del mercado, por supuesto. Pero pende cada día más de la política, de los medios y de los presupuestos de las instituciones. Los ocios de la gente los ocupa el fútbol, los toros y el cine, tan populares como pseudopopulares, espectáculo y no fiesta, sea en directo o por arte de magia televisiva. La *televisión*, sobre todo, coloniza la imaginación colectiva abrumadoramente con fantasmas producidos por la industria cinematográfica extranjera. Una enorme proporción de horas de descanso se emplea en el consumo masivo y pasivo de televisión, sea lo que sea lo que pongan. No sabemos a ciencia cierta, salvo en lo tocante a la publicidad comercial, las repercusiones de esta droga blanda en la ciudadanía, pero se puede aventurar que el televisor ha llegado a ser el instrumento más importante en el cultivo de lo imaginario, un factor ineluctable de la cultura popular, en la misma medida en que la elimina o la suplanta. (Eso sí, cuenta con una ventaja imprevista, si supiéramos aprovecharla, la de darnos facilidades para ofrecer el oficio de etnólogo, ya que no pasa día sin la oportunidad de observar minuciosamente el modo de vida de otras sociedades. ¿A quién, por ejemplo, no le resultan más familiares las calles de San Francisco que las de la capital de provincia más próxima?)

Habría que preguntarse hasta qué punto el apoyo y las subvenciones del Estado, en todos los niveles administrativos, a diversos aspectos de la cultura popular contribuyen a cimentarla. El criterio de la rentabilidad política sólo puede resultar distorsionante.

En cualquier caso, hay que felicitarse del interés de la Junta de Andalucía por apoyar el estudio científico de la cultura andaluza. La Consejería de Cultura ha patrocinado sendos encuentros, uno sobre *La antropología cultural en la Andalucía de hoy* (Jerez, marzo 1982) y otro sobre *Religiosidad popular* (Sevilla, mayo 1987). Ha promocionado publicaciones en esta línea. Y recientemente ha instituido la comisión andaluza de etnología como órgano asesor. La Universidad de Granada, conjuntamente con la Casa de Velázquez, ha organizado un coloquio internacional en torno a *La fiesta, la ceremonia, el rito* (Granada, septiembre 1987). Por no mencionar al Departamento de Antropología de la Universidad de Sevilla, veterano en esta clase de estudios.

Interés similar por la investigación de la etnicidad o identidad cultural andaluza anima, en el sector privado, a entidades como la Fundación Machado (que desde 1987 publica *El Folklore Andaluz*), la Asociación Granadina de Antropología (que publica la *Gazeta de Antropología* desde 1982), o la Asociación Andaluza de Antropología (fundada en 1986).

Una posición privilegiada en lo concerniente a la simbólica popular es, a todas luces, la de la Iglesia, dado que el catolicismo popular enmarca buena parte de las celebraciones festivas. Los obispos del Sur han demostrado su preocupación por el fenómeno de la llamada *religiosidad popular* publicando dos documentos importantes: Una carta pastoral sobre *El catolicismo popular* (febrero 1985) y otra sobre *Las hermandades y cofradías* (octubre 1988). Pero la jerarquía eclesiástica no oculta su actitud ambivalente respecto a la religiosidad popular. Recelan de una reducción «meramente secular» y de las «interpretaciones culturalistas». Alientan la popularidad creciente de las cofradías, tanto como los recibimientos masivos a la llegada del Papa a Sevilla y Granada (5 noviembre 1982). Les proponen como ideal la comunidad cristiana y el compromiso social, pero acto seguido desacreditan al movimiento de comunidades cristianas populares, y abandonan a su suerte a los curas obreros e incluso, hoy día, a los párrocos medianamente progresistas de los pueblos y los barrios pobres. Igual que miran impasibles cómo las jerarquías más conservadoras destituyen y expulsan a prestigiosos profesores de la Facultad de Teología de Granada, sin tacha de heterodoxia, pero críticos con los abusos del poder eclesiástico y creadores de una *teología popular* de significativa difusión durante pasados años. En definitiva, para esa Iglesia institucional es una manera sutil de optar prácticamente por el folclorismo religioso. Igual que, para el Estado, una cultura popular ritualizada en folclore ya no dará quebraderos de cabeza.

Consideraciones sobre la identidad cultural

En Andalucía, la cultura popular vinculada al modo de subsistencia tradicional murió hace tiempo. Empezó a agonizar el día en que los emigrantes tomaron el tren. Pero curiosamente debe la salvación de muchas de sus formas al apoyo de esos mismos emigrados. Y también al entusiasmo por revivir tradiciones de antaño nacido en una juventud con más estudios y obligada al paro desolador.

La mayoría de la gente, seguida por las instituciones oficiales, se ha apropiado más conscientemente los símbolos de identidad de Andalucía, de los que antes había una vaga e imprecisa noción (la bandera, el himno y el ideal autonómico, siquiera sea en forma de

andalucismo ritual). Se ha caminado hacia la recuperación y el aprecio de la identidad étnica, muy especialmente en el ámbito festivo.

Parece como si buena parte de las energías inhibidas por el miedo, durante la dictadura, o canalizadas o través de la oposición política se hubieran liberado para expandirse en los acontecimientos festivos. O más exactamente: la necesidad colectiva de identidad, fuertemente polarizada en torno al logro de la democracia, se ha vuelto en busca de otros símbolos comunes de identificación, situados por encima de una realidad política dominada por el juego de enfrentamientos partidarios dentro del marco constitucional.

Estamos claramente en una época de reacomodo de *lo popular* en la cultura: Se generaliza la uniformidad impuesta por el proceso de urbanización e industrialización en cuanto a patrones de producción, consumo, reglas de convivencia, escalas de valores y mentalidad. Cunde, por tanto, la desaparición de las diferencias estructurales. Pero a la vez crece el afán de patentar emblemas que simbolizen la propia identidad como pueblo, aunque su índole resulte más bien psicológica y ritual, cosa que no le impedirá cumplir una función integradora tanto en la dinámica social como en la individual.

La tendencia a la homogeneidad se observa igualmente en las fiestas. Aparte del tipismo local —cuando lo hay— se van asimilando estereotipos (indumentaria, cante y baile regionales, casetas feriales, paseos a caballo, conjunto de música moderna, recital flamenco, determinados deportes y concursos, las efímeras modas que cada año llevan consigo los feriantes). Las verdaderas diferencias dejan de existir en realidad, pero no la voluntad de diferir; de manera que el empeño se desplaza a otro plano donde sólo se rivaliza por una más brillante ejecución de lo mismo: Como suele pasar en esos pueblos vecinos donde polemizan sobre cuál ha producido ese año, con motivo de la fiesta patronal, los más ensordecedores tronidos de tracas, cosa en la que cifran su máximo orgullo.

La cultura popular no ha desaparecido del todo en los barrios de las grandes urbes, donde, pese a la sobrecarga demográfica y al confinamiento individualista, impuestos por las condiciones urbanísticas, caben algunas relaciones de convivencia cara a cara entre los vecinos. La pérdida de valores tradicionales puede verse compensada, siempre que no culmine la enajenación de las bases populares con respecto a su cultura.

La preservación de la cultura popular viva exigiría invertir el sentido de esa estrategia que tienta por igual a instituciones estatales y eclesiásticas, y a otros poderes fácticos, tendente a imponer una misma horma, eliminando diferencias y sustrayendo competencias. Un óptimo grado de diferenciación autoidentificadora constituye no sólo una clave de la evolución de la vida sino el mecanismo del progreso social y cultural. Para eso es menester contrarrestar la abusiva presión de la cultura de consumo manejada por mecanismos mercantiles o políticos, a fin de no ahogar la cultura vernácula, la que es fruto de obra propia, de la imaginación autónoma de los convecinos, patrimonio efectivamente común de la ciudadanía de a pie. De no ser así, la función de lo que todavía seguiría llamándose *cultura popular* no consistiría sino en interponer, entre nuestra conciencia inmediata y la realidad de una homogeneización implacable en el modo de vida y de explotación, toda suerte de amortiguadores, fabricados con falaces símbolos y rituales de identidad étnica.

«La cultura popular en el último decenio», publicado en *Andalucía: Diez años de cultura (1978-1988)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1989: 69-78.
